

vonean en el campo de la rutina? ¿Cómo salir de ellos si no aman el progreso de la humanidad y solo persiguen con necia y torpe vanidad la posición de oropel, queriendo no el salario de amor y de sabiduría y sí el salario que la turba estúpida paga con adulaciones á las hinchadas personalidades, que revientan de fatuidad y que solo aspiran á los más abigarrados títulos?

Vosotros kardecistas del *statu quo*, Fariseos modernos, niños amamantados con el dogma divino de origen salvaje, quereis que vuestro progreso se haga por vía de *aporte*, quereis que las nuevas verdades os las den los espíritus en comunicación para que vosotros perezosos, hinchados y presuntuosos, os pavoneis después con las nuevas conquistas que otros seres por medio del trabajo, del estudio y del sacrificio han realizado. Pero no esperéis que los espíritus superiores satisfagan vuestros sandios deseos: ellos os dirán: Estudia, medita; pon en ejercicio tu razón; contrasta, armoniza y juzga. Ya los tiempos modernos no son los tiempos del *milagro* que habla á los sentidos y que fanatizando al espíritu salvaje por efecto de estúpido terror supersticioso, lo encadena y lo sofrena. La era que se prepara no es la repetición de esta era que termina y la cual deja escrita en los Anales de la Historia páginas sangrientísimas escritas con el dedo inmundo de la superstición odiosa. Las nuevas verdades que se ofrezcan, no habrán de implantarse con espíritu dogmático y sí á efecto de la demostración racional y científica. Si los espíritus elevados sancionaran las proposiciones *perfectionistas*, el grupo kardecista las admitiría por imposición dogmática, mas no por conquista de la razón; lo cual

implicaría efímero progreso no consolidado, que engendraría una reacción fanática y mística en cualquier problema difícil que en la vida práctica se les ofreciera á esos buenos espiritistas.

El kardecismo no ha progresado por la supina torpeza de sus directores místicos. Estos van á reclutar sus adeptos entre las gentes más ignorantes, ó bien entre hombres vanos, que con un barniz de cultura, se hinchan de vanidad manejando un grupo de cándidos.

Los estudios de comunicación con el mundo suprasensible, requieren el concurso de los seres que ya tienen conciencia del inmenso valor positivo que esos estudios entrañan, tanto en el orden moral, como en el orden intelectual. De aquellos que buscan en dichos estudios elementos impulsivos para el adelantamiento de la humanidad, y no el culto sandio de mística contemplación, ni el espectáculo cómico y ridículo de sesiones recreativas.

Los adeptos para esta clase de trabajos, deberían ser estudiados en su modo de ser moral é intelectual, ya que tuvieran positivos grados de progreso afectivo, para que por amor se penetraran de la grandiosidad de los hechos que observaran, ya que por su elevación intelectual colaboraran al estudio científico de los fenómenos, para formular sus leyes.

Pero desgraciadamente, los afanes del fundador del espiritismo, no han sido secundados y da lástima contemplar cómo—salvo pocas y honrosas personalidades que viven aisladas de los círculos espíritas—las doctrinas kardecianas solo tienen asiento entre un grupo de ignorantes, de fanáticos, de supersticiosos ridículos que

son el ludibrio de esos *luminares* del materialismo que se llaman *espíritus fuertes*.

Causa verdadera angustia, que hechos de tanta trascendencia, sean desvirtuados, ya por las *comadres de la vecindad*, ya por sus presuntuosos guías que son los guías ciegos de las Escrituras, que tienen los ojos en el orgullo; que quieren el vano título de maestros, el brillo de oropel, y no el triunfo del amor y de la sabiduría.

Después de treinta años que el Espiritismo tiene de vida y cuando en su seno ya existen hombres distinguidos en el campo de la ciencia y de la filosofía, todo auguraba que del primer Congreso Internacional Espiritista que se efectuara en nuestros días, surgirían grandes proposiciones que ofrecieran magnífica síntesis filosófica.

Con gran entusiasmo recibí la noticia que los periódicos extranjeros nos trajeron del Gran Congreso Internacional Espiritista, que en la ciudad de Barcelona se congregó el 8 de Septiembre del año próximo pasado.

¡Cuántas esperanzas abrigaba en mi sed ardentísima de progreso!

Ya me esperaba ver surgir de aquel Congreso, proposiciones magnas llenas de luz para levantar muy alto las doctrinas de los espíritus, compiladas por Allan Kardec, dándoles poderoso impulso en el terreno filosófico y científico, para descartarlas de sus perniciosos dogmas místicos, hijos legítimos del momento conciliante en que naciera el espiritismo, pero de existencia anacrónica, ridícula é injustificable al presente.

Pero ¡qué decepción!

Salvo poquísimas excepciones de personas que habrán estado asfixiándose en un medio refractario á sus tendencias progresistas, el Congreso Internacional ofreció el aspecto de un Jubileo Papal ó de una asamblea de los antiguos *episcopis*.

Nada, absolutamente nada nuevo.

Discursos de bella forma, pero faltos de trascendental iniciativa; prácticas rutinarias de estampilla; declaraciones de la vieja doctrina kardeciana que toda *comadre espirita* se sabe de memoria; *credo místico* expuesto por el Presidente Vizconde de Torres-Solanot, donde aparece el *creo en Dios Todopoderoso, infinito en perfecciones etc., etc.*; el *creo en la responsabilidad de los actos humanos* y el *creo en los castigos y expiaciones*.

¡Horror!!

¿Y fué para esto para lo que se convocó el Congreso Internacional de Espiritistas?

No valía la pena, á fe mía.

Parece que el Sr. Vizconde de Torres-Solanot quiso condensar en ese credo toda su ortodoxia kardecista; parece que con ese proceder ha dado el paso más orgulloso y vano para sostener sus obras, que fueron de valor transitorio y relativo, pero que morirán *absolutamente*, si no se aplica el proverbio que dice: *es de sabios mudar de opiniones*.

Que no sea la lógica irresistible del progreso la que venga á corregir las obras— en parte meritorias— del Sr. Vizconde; que sea él mismo el que las impulse, las corrija y perfeccione, amoldándolas al espíritu científico y filosófico de la época presente, que ya tiene *irrevocablemente* juzgado y condenado al dogma candoroso

de lo *divino*, que solo se funda en la ignorante y terrorífica admiración de los primitivos *pensadores* de la selva, quienes nada sabían de ciencias naturales, ni de filosofía evolutiva, ni de Espiritismo experimental.

Dice el Sr. Vizconde en el Proemio que escribió para el folleto en que se da cuenta de los trabajos del Congreso—al cual le llama: "*monumento imperecedero que en forma de libro, conserve el recuerdo para transmitirlo á la posteridad. (Esto lo que recuerda es á Espronceda, cuando habla del Conde de Toreno)*"—dice, en tal Proemio: "*La ignorancia, la mala fe y la soberbia: he ahí los enemigos del Espiritismo.*"

Sí, en efecto, esos son los enemigos del Espiritismo, Señor Vizconde; pero la presunción y el loco anhelo de prevalecer en primer grado como *doctor kardecista*, sin más elementos que los de recalcitrante ortodoxia, les impide á varios espíritas reconocerse como afiliados al grupo de la ignorancia (relativa), de la mala fe y de la soberbia (no relativas).

Después del lujo de erudición espírita, que muestra el Sr. Vizconde, causa verdadera pena verlo llegar á una *síntesis* mística, que no es, ni más ni menos, que la que se hubiera podido deducir de los estudios espíritas hace veinte años.

Y esto cuando el maestro Kardec ha dicho, por comunicación medianímica: "ES NECESARIO REFORMAR MIS LIBROS."

Estas reformas indudablemente que, tratándose de un criterio profundo, de ninguna manera deben referirse á cuestiones de forma, que siempre han sido despreciadas por todo espíritu elevado, y sí deben com-

prenderse en cuanto á reformas esenciales y de gran trascendencia. Así, por ejemplo: *No hay castigo divino. —La idea de albedrío tal como hasta hoy se ha tenido es falsa. —El origen del alma es natural. —La comunicación espírita es torpe, imperfecta y rudimentaria, por efecto de nuestra natural y general imperfección. —Todos los seres que son elementos del Universo, penden de una sola radical increada: la ESENCIA ABSOLUTA, á la cual en su faz sensible llamamos materia. —La ley del progreso nos induce á buscar la causa de la inteligencia, que solo se manifiesta consciente en el espíritu humano, viniendo, no del seno de una inteligencia perfecta en lo absoluto y sí del seno de una inteligencia rudimentaria, que siendo propiedad de la ESENCIA INCREADA, se halla contenida en LO ABSOLUTO, y cuya inteligencia evoluciona hacia un fin grandioso: LA PERFECCION ABSOLUTA.*

Todas estas proposiciones, demostradas por la razón y apoyadas con los elementos que da el estado actual de la ciencia, hubieran constituido una verdadera síntesis filosófica que, satisfaciendo á las exigencias del moderno espíritu positivo, hubieran cumplido con el deseo reformador, manifestado por el fundador del Espiritismo.

Cuando leí la *síntesis* espírita á que llegó el Sr. Vizconde, después de su lujoso Proemio, decepcionado y triste exclamé:

¡Lástima de tanta erudición espírita!

Entonces afirmé esta opinión que de los eruditos tengo formada:

El erudito es un buen servidor del genio; pero rara vez se sirve á sí mismo. Es un compendio de ajenos

trabajos: cuando lo vemos exponer lo que otros le han enseñado, nos parece que tiene talento; pero cuando asoma lo que es de su propio colete, nos parece otra cosa muy distinta.

El culto idolátrico de secta, conduce á torpes fanatismos. Las enseñanzas de Jesús tuvieron un mérito extraordinario, con relación al remoto tiempo histórico en que se dieron, pero ya hoy solo les queda un valor relativo; relatividad imposible de ser reconocida como tal, desde el momento en que el espíritu fanático de secta, les supuso un mérito absoluto y *divino*. Pero, la ley de progreso, que es ineludible,—cuyos efectos tienen que ser vistos aun por los mismos que se empeñan en cerrar los ojos para no verlos — nos muestra hoy, ante la refulgente luz de la Ciencia y de la Filosofía, cómo las enseñanzas de Jesús, son anticientíficas é inmorales. El progreso, que es ley novísimamente conocida, nos ofrece este axioma: *La perfección del pasado, es imperfección para el presente*. La predicación de Jesús aconsejando la vida contemplativa y mística, y queriendo el desprecio hacia la vida práctica— que es escuela de enseñanzas múltiples, *sin la cual es imposible nuestro desarrollo intelectual y afectivo*— hoy que conocemos las leyes de reencarnación y de perfectibilidad humana, á efecto de nuestro propio y doloroso esfuerzo, comprendemos fácilmente cuál es la parte perniciosa que en su esencia encierran las doctrinas cristianas. Y cuantos argumentos en extremo lógicos é irrefutables se pueden exponer para demostrar lo contraria que es á la razón, al amor y á la justicia, la doctrina cristiana, que habla la voz del anatema, aterrorizando la concien-

cia con penas y castigos, para condenar con espíritu inclemente los errores que comete el hombre en los momentos de su ignorancia y de su falta de sensibilidad, que son la triste herencia que trae desde la animalidad, y que es la pobrísima dote, que alcanzara tan solo á darle, la inconsciencia de una Naturaleza que no tiene, ni puede tener por esposo á un Dios— Mago que la gobierne y la dirija, como *candorosamente* lo supusimos durante la secular existencia de nuestra niñita humanidad.

Ahora bien; si los sectarios cristianos cayeron en el atroz fanatismo de suponer *inmutables, absolutas y divinas* las doctrinas del egregio moralista de Galilea, tuvieron una disculpa: desconocían la ley del progreso.

Pero vosotros, hermanos kardecistas, que lleváis por norma el progreso y que os habéis nutrido con las doctrinas de los espíritus, en las cuales constantemente os han estimulado á marchar siempre adelante, ¿por qué especie de fenomenal conducta os habéis tornado fanáticos, rutinarios y ortodoxos?

El "*Libro de los Espíritus*," ya cumplió su misión conciliante con el mundo de los aterrorizados cristianos: ahora es preciso reformarlo, según el deseo del maestro Kardec. Respecto á este ilustre compilador de las doctrinas dadas por los espíritus, guardadle si, el cariño fraternal que merecen preferentemente todos los apóstoles del progreso; pero no lo atormentéis con adulaciones necias, no le guardéis culto idolátrico con perjuicio de sus deseos progresistas. Estad seguro que cuando borréis de sus escritos un error fundamental, él se estremecerá de júbilo, irradiando luz de amor y de

sabiduría que llegará á incidir hasta la esencia de vuestro espíritu.

Esas reverencias aconsejadas por el fanatismo del sectario, y que hacen guardar *santamente* formas y esencias perniciosas, cuadran, sí, con el sentimiento torpe de vanidad y de adulación, que son nefandos hijos de la carne; mas no con el espíritu, al cual le dañan. Por causa de tan supina torpeza, por guardar vanos respetos que dañan al mismo á quien se pretende honrar, se han perpetuado grandes errores, persistiendo en ideas absurdas y palabras desnudas de lógica en su significación, lo cual entraña el mal trascendentalísimo de extraviar el concepto positivo de las nociones que se quieren inculcar.

Aun la misma palabra *Espiritismo* debéis ya proscribirla de vuestro vocabulario, porque es mezquina en su significado. La Filosofía sintética que aspira á ceñir el haz grandioso de las verdades positivas, no puede llevar un nombre que solo da idea de una faz aislada del humano conocimiento. Llamadle *Filosofía Perfeccionista*, puesto que con este título abarcaréis la sublime síntesis del perfeccionamiento universal: la perfección en la nebulosa, la perfección en la estrella, la perfección en el mineral, la perfección en el vegetal, la perfección en el animal, la perfección en el hombre, y la perfección en el amor y en la sabiduría del espíritu del hombre.

Por otra parte, vosotros, espíritus ilustrados, hombres progresistas que en vuestro amor por la ciencia despreciáis los ridículos cultos idolátricos, no desconoceréis, no podeis desconocer que, la torpeza supina, la

ignorancia y el fanatismo de muchos espiritistas, han dado origen á que la palabra *Espiritismo*, sea objeto de ludibrio y de sarcasmos crueles, causa por la cual á sus adeptos se les lanzan los epítetos de *cándidos*, de locos y de imbéciles.

Así pues, las doctrinas kardecistas, corregidas y aumentadas, según lo exigen las necesidades del espíritu moderno—que camina incesantemente hacia su grandioso fin de perfección— nada perderán, y sí ganarán muchísimo, despojándolas de un nombre que ya se ha constituido en objeto de burlas.

La gravedad científica y la altísima trascendencia filosófica que en sí contienen las doctrinas de los espíritus, no cuadran bien con un nombre que se ha hecho ya risible: demos, pues, á esa sublime síntesis filosófica que en armonía simpática enlaza los hechos de la ciencia empírica, con los hechos grandiosos de comunicación y de reencarnación, un nombre que esté en relación con las tendencias de la nueva escuela que aspira, con justos títulos, al implantamiento de la única religión que llegará á ser universal: la de la Ciencia y la Filosofía.